

(Reseña crítica) Robert Berlett, La
formación de Europa. Conquista,
colonización y cambio cultural,
950-1350.

Ras, Marcia

FILO:UBA

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

2004-2005, 37,38, 251-254

Artículo

Reseña crítica

ROBERT BARLETT, *LA FORMACIÓN DE EUROPA. CONQUISTA, COLONIZACIÓN Y CAMBIO CULTURAL, 950-1350,*

Universidad de Valencia y Universidad de Granada, 2003

por

Marcia Ras

Universidad de Buenos Aires

Europa occidental fue un área colonizada antes de ser potencia colonizadora. Se constituyó desde su diversidad originaria romana, cristiana y pagana en una unidad culturalmente coherente y homogénea como resultado de la conquista entre los siglos X y XIV de tierras nuevas sobre las que se extendieron los rasgos culturales esenciales del corazón de la Europa altomedieval, el mundo franco. Tal constituye el núcleo central de la tesis de Robert Barlett de 1993 recientemente traducida al español en la que se abordan las modalidades de este proceso de la formación de Europa como un conjunto relativamente uniforme con características distintivas y rasgos culturales comunes compartidos.

Una de las premisas fundamentales de la tesis de Barlett es que la Europa del siglo X se caracterizó por presentar una mucho mayor diferenciación cultural y una mucho menor extensión territorial que la del siglo XIV. Dentro de este marco, en su tesis se articulan diversas cuestiones relacionadas entre sí. Por una parte, intenta explicar las formas que revistió este proceso sostenido de conquista, colonización y cristianización que llevó a la Europa latina, más allá de sus avances y retrocesos, a duplicar *grosso modo* su extensión territorial. Por otro lado, intenta demostrar cómo este mismo proceso de avance en el espacio sobre áreas marginales al mundo latino simultáneamente implicó la constitución desde España hasta Finlandia de un mundo más coherente y mucho más parecido entre sí que el de sus inicios. Finalmente, intentará demostrar que será a lo largo de estos siglos en los que se gestaron las unidades nacionales contemporáneas, el racismo y la intolerancia religiosa en sus versiones modernas al igual que muchos de los conflictos por los que aún se sigue derramando sangre en varias regiones europeas en las postrimerías del siglo XX.

A lo largo de su obra Barlett nos presenta resueltamente una tesis global sobre el mundo medieval, desafío que pocos medievalistas han osado abordar recientemente.

Sin embargo, y a contrapelo de la mayor parte de la tradición historiográfica heredada en este sentido, en lugar de estudiar las regiones más típicamente feudales el autor centra su análisis en las áreas que se fueron gradualmente incorporando a la Europa latina bajo diversas modalidades o combinaciones de conquista, colonización y conversión a la fe romana. Su obra es incuestionablemente producto de una concepción anglosajona de la investigación histórica, y como tal, combina con destreza la descripción minuciosa de multiplicidad de ejemplos con la construcción ordenada de la tesis central que se quiere demostrar. Seguramente gran parte de la riqueza de esta tesis tan singular radica justamente en esta visión totalizadora del mundo europeo que fue colonizado en este período por la cristiandad latina desde lo que Barlett concibe como el núcleo europeo original (el mundo franco) sobre los márgenes, es decir las áreas geográficamente contiguas a él. El autor emplea con soltura un vasto *corpus* de fuentes primarias históricas y literarias sumado a amplias lecturas bibliográficas abarcando con erudición un espectro regional tan vasto como la Península Ibérica, las Islas Británicas, el reino latino de Jerusalén, las regiones bálticas y escandinavas y diversas regiones del este del Elba.

Una preocupación central de Barlett es identificar el motor principal de este movimiento expansivo. El resultado de este proceso en la ampliación del mundo latino es fácilmente observable desde el punto de vista empírico por las conquistas territoriales, la difusión de la tecnología y prácticas militares de los vencedores, la penetración del cristianismo, la multiplicación de obispados y monasterios, la extensión del uso del latín como lengua litúrgica y la unificación en torno al rito romano, el avance de la cerealicultura y la urbanización, la difusión del documento escrito y la moneda, la creación de universidades, etc., todos rasgos culturales que evidencian la vulgarización de las prácticas culturales del antiguo mundo franco en áreas cada vez más vastas.

Más difícil que constatar empíricamente el efecto de esta expansión en la plena Edad Media resultará identificar analíticamente el motor de este movimiento colonizador del núcleo europeo alto medieval. Para Barlett este proceso constituye el resultado de la dinámica profunda del crecimiento material, social y tecnológico del corazón del mundo franco. Fueron las tensiones y conflictos generados por la lucha por tierras y guerreros las que motivaron la diáspora aristocrática franca. Estos conquistadores, impulsados por su *ethos* guerrero teñido de espíritu de cruzada, llegaron hasta casi los confines del mundo conocido por tierra y por mar movidos por su afán de procurarse bases materiales sólidas para mantener su status y nivel de vida aristocrático. La apariencia de cruzada de este avance sobre tierras nuevas no constituyó otra cosa que un acoplamiento del Papado a esta dinámica expansiva. En cuanto a la fortuna de estos guerreros francos, en su mayoría segundones, algunos miembros de familias aristocráticas extraordinariamente prolíficas, otros castellanos con singulares aptitudes con las armas y talento a la hora de elegir al servicio de quien ponerlas, sin descontar aquellos advenedizos encumbrados por el lecho nupcial, sus destinos fueron diversos. Algunos conquistaron por la espada feudos, señoríos o incluso hasta una corona para sí mismos y su linaje de forma duradera; otros sólo lograrían dejar sus huesos en tierras muy lejanas de la que los vio nacer, en el mejor de los casos defendiendo alguna efímera conquista.

Como resultado de esta expansión, todas las regiones conquistadas se vieron sometidas a los mismos procesos de conquista, colonización y transformación cultural e institucional. La ampliación de la cristiandad latina fue más que una ampliación territorial. Constituyó ante todo la ampliación de un tipo de sociedad romano y cristiano, representado en su forma más espectacular en las Cruzadas, y cuyas conquistas más duraderas y perdurables fueron las definitivas transformaciones al paisaje rural realizadas por los campesinos que tenazmente roturaron las tierras nuevas.

En cuanto a la modalidad de la expansión medieval de la plena Edad Media, Barlett le reconoce un carácter estructural distintivo. A diferencia del imperialismo moderno, el colonialismo medieval no generó centros y periferias subordinadas sino que se caracterizó por establecer unidades autónomas (señoríos independientes, comunidades urbanas, monasterios) que fueron una réplica del marco social del punto de origen. Fue una expansión basada en la imitación de las formas organizacionales de la matriz llevada a cabo en la abrumadora mayoría de los casos por los *consortia* de caballeros francos, caballeros latinos, mercaderes, burgueses y campesinos. El liderazgo de la corona castellana en la Reconquista constituye un ejemplo bastante singular en este sentido.

En este avance sobre el espacio se reconocen, además, a grandes rasgos dos modalidades diferenciadas más allá de las variabilidades locales.

En el caso del avance al este de Elba, el *Ostseidlung*, la conquista se concretó ya sea por las victorias de la aristocracia militar bajo su forma laica o de órdenes militares o por diversas formas de asimilación cultural. Este avance de la cristiandad latina se enfrentó a un mundo pagano diverso e iletrado que (a excepción de los lituanos) no podrá resistir su avance arrollador y terminará cristianizado y transformado de forma duradera, aspecto emblemáticamente representado, por sólo citar algunos ejemplos, por la tipicidad germana de Berlín o el tenaz catolicismo de Polonia.

En el caso de las áreas meridionales, éstas se enfrentaron al mundo islámico, un mundo mucho más coherente en lo cultural y poderoso desde el punto de vista bélico. La modalidad de imposición de las formas y prácticas culturales de la Europa latina fue en este caso siempre por la fuerza de las armas y la durabilidad y profundidad de estas conquistas conocieron desenlaces diferentes. En el reino de Jerusalén, los cristianos fueron definitivamente derrotados con un saldo neto de sólo 99 años de dominación efectiva sobre el territorio, pero también se obtuvieron resultados más duraderos en Sicilia o en la Península Ibérica, ejemplo tal vez paradigmático del área meridional por los siete siglos de Reconquista que claramente reflejan la paridad de fuerzas y la dificultad para llevar a cabo la empresa.

La ambiciosa tesis de Barlett seguramente se convertirá en una obra de referencia obligada entre los medievalistas debido a su indudable calidad y al amplio espectro regional que abarca. En el caso de los medievalistas de la Península Ibérica es una obra de particular relevancia ya que éstos tienden a adjudicar peculiaridad al proceso de la Reconquista que forjó tan característicamente la historia de la región. Esta tesis tiene la peculiar cualidad de proporcionar una mirada a este proceso desde una perspectiva diferente ya que presenta a la lucha contra los musulmanes sólo como caso particular de las múltiples variantes posibles de la modalidad de la expansión feudal. La obra de Barlett permite a los hispanistas una lectura comparativa de las formas en

que se llevó a cabo este mismo proceso expansivo del feudalismo en otras regiones europeas, las transformaciones que supuso este avance en el espacio y los resultados diversos que tuvo en las áreas conquistadas ya sea bajo forma de sometimiento total permanente, diferentes niveles de mestizaje entre culturas, o formas de superposición conflictiva o coexistencia entre conquistadores y conquistados. Tal vez resulte sorprendente al especialista constatar la similitud en las formas de colonización, de toma de posesión de tierras, la levedad relativa de cargas campesinas y los marcos legales que se registraron en áreas tan distantes entre sí como España, Irlanda, Polonia.

También desde la perspectiva de los hispanistas, es tal vez discutible la unicidad que Barlett atribuye a las tensiones internas de la aristocracia franca como motor expansivo del mundo latino, más aún cuando el mismo autor circunscribe la participación franca en el proceso de Reconquista al período desde las alianzas matrimoniales de Alfonso VI hasta la retirada de las tropas francesa antes de la batalla de las Navas de Tolosa. A pesar de afirmar en el capítulo correspondiente que a partir de 1212 los avances territoriales serán producto de movimientos endógenos, pareciera que minimiza este aspecto en sus conclusiones finales a fin de no ofrecer casi ningún matiz a su tesis de un avance arrollador de los descendientes de la aristocracia del núcleo carolingio. La brevedad y la ausencia de carácter decisivo de la participación de los francos en la Reconquista —que coincidió con el período de enorme debilidad cristiana signado por las tres grandes derrotas de Zalaca, Uclés y Alarcos— pareciera desdibujarse de algún modo en las conclusiones finales de la obra, motivo por el cual los medievalistas de la región seguramente hubieran querido ver más reforzada la visión de que la Reconquista fue fundamentalmente un proceso endógeno originado por la propia dinámica socioeconómica específica de la Península Ibérica.

Por último, es de destacar la interpretación de Barlett sobre cuestiones que constituyen materia aún controvertida entre los especialistas en la Extremadura castellano-leonesa y que el autor, desligado de las interpretaciones de mayor acogida al momento por la historiografía española, parece zanjar en apoyo de la postura hoy menos aceptada. Por una parte, Barlett no experimenta la misma incomodidad de otros historiadores a la hora de distinguir en las áreas de colonización reciente entre caballería como función militar y función social, cuestión que no ha sido aún satisfactoriamente resuelta para el caso de los caballeros villanos de la Extremadura histórica. Por otra parte, Barlett es taxativo a la hora de calificar la uniformidad característica extensible a todas las áreas que se fueron incorporando a la Europa latina: “Las nuevas tierras en las que se establecieron poblaciones numerosas eran, como todas las tierras de Europa medieval, tierras de señores, pero también, y no se trata necesariamente de una paradoja, tierras de libertad”.